

la profunda imbricación entre una y otra. Laín es antropólogo, porque encuentra en su país un problema humano mal resuelto, pero es también historiador, porque esa deficiencia antropológica tiene su razón de ser en la historia. Se impone, pues, ahora tratar esa segunda dimensión.

La ocupación histórica de Laín arranca de su interés por el tema generacional. El Laín «joven de derechas» —como él se llama—, envuelto en la guerra civil, se pregunta cuál es el deber de su generación situada en ese trance. Tenemos la primera referencia escrita de ello en la serie de artículos que publicó en plena guerra civil (1937) con el título general de «Nacimiento y destino de tres generaciones».⁴⁹ Se destacan ya aquí tres preocupaciones básicas, que marcarán el quehacer intelectual de Laín durante varios años:

1) Una preocupación por el tema de las generaciones en un doble sentido: por un lado, como método de investigación histórica; por otro lado, como forma de esclarecimiento personal respecto de su ubicación en la sociedad.

2) La de un proyecto de modernización de España, que abriese nuestro país al futuro sin romper con lo valioso del pasado, en un momento en que la historia española estaba sangrante y trágicamente rota por la discordia civil. Según sus palabras, «la conciencia de pertenecer a un pasado que yo había de comprender y a un futuro que yo debía soñar y proyectar, llegó a ser para mí honda exigencia vital».⁵⁰

3) La de la responsabilidad personal e intelectual ante aquella peculiar situación conflictiva, para la que recaba como nota distintiva la solidaridad del grupo de hombres a quien él se siente pertenecer, cuya orientación debe estar dirigida hacia la comprensión y asunción de valores ajenos. «La obra de nuestra generación —dice en un escrito de las mismas fechas— se halla, justamente, en conseguir la grandeza *actual* de España dando forma nueva al espíritu de su *pasada* grandeza.»⁵¹ En otra palabras, se niega a desconocer «la tradición de magisterio que la guerra había roto y que era menester reconstruir de modo limpio y salvador».⁵²

Estas tres preocupaciones —generación, modernización, responsabilidad personal y social— aparecen íntimamente unidas en el Laín de aquellos años, para quien «la generación, simple hecho de biología, sólo adquiere cuerpo unitario en el mundo de la cultura de un pueblo, cuando esa cultura, por su esencia misma o por su medio vicioso, llega a herir al pueblo en las íntimas hebras de su vitalidad».⁵³

Era la situación de España, herida por la guerra civil, ante la cual el intelectual responsable que era Laín —católico, español, joven, deseoso de ser eficaz y servir eficaz-

⁴⁹ La serie apareció en el diario *Arriba España*, de Pamplona, y comprende los siguientes títulos: 1. «Biología cultural de las generales»; 2. «Revisión nacional sindicalista del 98»; 3. «La generación de la anteguerra»; 4. «La generación de la anteguerra: Ortega»; 5. «La generación de la anteguerra: Herrera»; 6. «La generación de la anteguerra: Herrera»; 7. «La generación de la anteguerra: Herrera». Como puede inferir cualquier lector avisado, de la simple enumeración de títulos se desprende la importancia dada por Laín a la doctrina del cardenal Ángel Herrera Oria, fundador en los años 30 de *El Debate* y defensor de un catolicismo abierto y europeizante.

⁵⁰ Obras, p. XV.

⁵¹ En «*Quevedo y Heidegger*», citado por Carpintero, op. cit., p. 94.

⁵² *Ibid.*, p. 71.

⁵³ *Ibid.*, p. 92.

mente a su país— no podía permanecer indiferente. En cualquier caso, revelan una inequívoca voluntad de contar intelectualmente con la historia en lo que ésta tiene de continuidad y memoria del pasado. En un lugar anterior de este escrito hemos destacado el rechazo que desde el primer momento Laín hace de todo adanismo; ahora es necesario retomar ese hilo para hacer ver como la preocupación por la historia está anclada en zonas muy profundas del alma de Laín y proviene de los mismos orígenes de su planteamiento intelectual. Cuando Laín hace de la historia —siempre y en cada uno de los temas que trata— «preámbulo y fundamento del conocimiento sistemático»,⁵⁴ está convirtiendo a dicha disciplina en metodología ancilar para la investigación de la realidad. La preocupación por la historia es así bastante más que la recusación de adanismo a que antes aludíamos; es afirmación del hombre y confianza en las posibilidades humanas a través de su dinámica temporal; es afirmación ferviente de la historia española; es también fe en la capacidad epistemológica del hombre y en su perfectibilidad evolutiva a lo largo del tiempo.

Es necesario que nos ocupemos aquí, pues, de la filosofía de la historia desarrollada por Laín. Desde muy pronto él mismo evidencia la necesidad de hacerse con claridad sobre la cuestión, y puesto que el tema generacional es el que más le preocupaba lo aborda dentro de los primeros años de su vida intelectual en su libro sobre *Las generaciones en la historia* (1945). La investigación es un denso estudio de más de 300 páginas, donde se parte de un análisis del hombre como ser histórico y los problemas anejos a dicha formulación para terminar con dos largos capítulos sobre la generación como concepto historiológico; una vez más se repite aquí el método de Laín, dedicando el primero de dichos capítulos a una historia del concepto y el segundo a una teoría de la generación, donde —a mi juicio— Laín «biologiza» excesivamente la doctrina orteguiana sobre la materia.⁵⁵ La definición que da Laín de dicho concepto —«una generación histórica es un grupo de hombres más o menos coetáneos entre sí y más o menos parecidos en los temas y en el estilo de su operación histórica»—⁵⁶ nos parece excesivamente laxa, lo que no es óbice para que consideremos fundamental su exposición aquí, pues es esa doctrina la que nos permitirá después entender el significado de otros estudios de Laín —*Menéndez Pelayo, La generación del noventa y ocho*— que son básicos para el correcto entendimiento de su posición ante el «problema de España». En cualquier caso, está claro que en ese volumen aparece manifiesto el incitante proyecto intelectual de Laín: hacer «una historia sistemática de la cultura española contemporánea»,⁵⁷ que tendrá su primera culminación en el denso volumen *España como problema* (1956).

⁵⁴ Obras, p. XVIII.

⁵⁵ El mismo Laín acepta como válida esa crítica cuando dice hablando del libro: «Si hoy tuviese yo que reeditarlos, como alguna vez me han pedido, algo cambiaría en él, y sobre todo mis breves apostillas críticas a la doctrina de Ortega sobre la materia. En ellas, en efecto, Marías me lo hizo ver, biologizo demasiado el vitalismo de nuestro gran pensador; quiero decir, doy una interpretación excesivamente biológica a la idea orteguiana de la vida del hombre» (Descargo de conciencia, p. 340). En *Antropología médica* viene a reiterar —hablando de aquel libro— la misma opinión: «considero poco fundadas algunas críticas a la doctrina orteguiana de la generación» (p. 174).

⁵⁶ Las generaciones de la Historia, p. 299.

⁵⁷ Descargo de conciencia, p. 340.

La generación es para Laín, de acuerdo con la definición anterior, antes una comunidad de estilo que otra cosa, pero eso no impide que exista también una *estructura real* de las generaciones, determinada por la conexión mutua entre los que constituyen el conjunto generacional; desde una perspectiva vertical, la generación tiene minoría y masa, mientras que transversalmente pueden distinguirse en ella distintos subgrupos generacionales con sus respectivas relaciones funcionales. Al mismo tiempo, las generaciones tienen un curso temporal, lo que implica para el historiador la exigencia de un método específico para su estudio; de aquí la importancia que Laín le da a la historiografía de las generaciones.

En relación con ésta, establece el siguiente *modus operandi*. Hay que empezar describiendo el medio histórico anterior a la generación y describir sobre ese fondo las distintas biografías de los que componen el grupo generacional, sobre todo de aquéllos que mejor lo definen por su estilo. En cada una de esas biografías el historiador tendrá que detectar el «significado histórico» —yendo de los testimonios biográficos al mundo histórico-social del biografado— y el «significado personal» —en una pesquisa de lo que aquéllos revelen de su intimidad—, pero siempre en el bien entendido de que, cuando lo que se busca es una descripción de una generación histórica, el historiador atenderá sobre todo al significado «histórico» —y no al «personal»— de los testimonios biográficos, «es decir, a su sistemática conexión con el mundo histórico-social en que esos testimonios fueron creados por su autor».⁵⁸ En esa indagación Laín propone una serie de cuestiones a las que metódicamente tendrá que responder el historiador, tras lo cual éste se encontrará en condiciones de establecer el *parecido histórico* entre las distintas curvas biográficas individuales. La descripción de dicho parecido no puede quedar limitado al estudio de su estructura, dado que «la semejanza generacional no es un hecho, como el parecido anatómico entre dos rostros, ni un proceso, como el parecido entre dos modos de andar o de gesticular, sino un suceso histórico».⁵⁹ En otras palabras, la tarea propia del historiador de una generación es ver como se van configurando sobre el medio histórico los *hábitos comunes* a todos los miembros de la misma; a esto le llama Laín realizar una *cobiografía*.

En esta «cobiografía» se distinguen tres planos: un fondo, un cuerpo y un primer plano o «sobrepiano». El fondo es la descripción del mundo histórico-social del cual y sobre el cual emerge la generación; el cuerpo lo constituirá el parecido histórico entre las biografías de quienes la componen; el primer plano o «sobrepiano» queda definido —en propias palabras de Laín— como aquél en que «como un fino transparente dosel de figuras aisladas, se dibuja la personal e intransferible singularidad de todos los que integran el grupo».⁶⁰

Es del mayor interés seguir esta parte del estudio de Laín teniendo en la mano su libro *La generación del 98* (1945), que constituye una ilustración práctica de las recomendaciones metodológicas que aquí aparecen enunciadas a nivel teórico. Leamos este párrafo: «El historiador de una generación describirá la serie de acciones personales con

⁵⁸ Las generaciones en la historia, p. 319.

⁵⁹ Ibid., p. 321.

⁶⁰ Ibid., p. 321.